

TRES FORMAS DEL DESTINO

EL VENGATIVO TOMÁS FERNÁNDEZ

En el año 1970, el vengativo Tomás Fernández, leyó en la primera edición de Mulata de tal que el Viernes Santo se adora al Maladrón porque es el único día del año en que Dios está muerto; por lo tanto, puede hacerse cualquier tipo de maldad, sin miedo a ser castigado.

Coincidentemente con el descubrimiento, tuvo una plática con Jorge Gonzáles, hombre austero, proveniente de Samayac, que le contó parte de la necromancia que se practicaba en su municipio; le dijo que muchas personas acuden ahí para efectuar oscuras venganzas.

La Mulata de tal, Jorge Gonzáles y el recuerdo de la injuria que había padecido a manos de su tétrico enemigo Clemente el inclemente, coincidieron con el inicio de la Semana Santa y su atroz deseo de vengarse. Motivado por su odio, salió de su tierra rumbo a Samayac para valerse del poder de los hombres adiestrados en la magia negra...

Sus pasos iban cayendo en la distancia como los granos de la arena en el reloj; cada vez más próximo a desquitarse.

Los árboles cabeceaban a la orilla del camino, caluroso aún de noche. Al sentir que sus piernas caían en la enervación, rápidamente las nutría con su deseo de vengarse. En vano Sócrates le dijo que es mejor padecer una injusticia que cometerla. Mientras caminaba y como la oscuridad era tan espesa que no permitía

distinguir el camino, frente a él se reproducían las imágenes de aquella fatídica noche en que fue apuñalado por la espalda.

Tomás y Clemente, enamorados ambos de Karen, mujer hermosa con olas en la cabellera, se batieron a duelo por el derecho de conquistarla. Aunque los dos eran magníficos con el cuchillo, después de largos minutos de pelea, Tomás consiguió herir en un brazo a Clemente, desarmándolo mientras amenazaba con abrir su cuello como Moisés abrió el mar; sin embargo, ante sus súplicas, lo perdonó dejando que se fuera.

Despejado el horizonte para conquistar a Karen, lo hizo. Empezó a salir con ella. En una de las noches en que regresaban del cine, Tomás sintió en la espalda algo que rasgó su piel y le dio origen a una cascada de sangre, como crepúsculo diluido. Se derrumbó debilitado y su memoria regresó a él cuando estaba cautivo entre cuatro paredes níveas. Días después, al salir, empezó a procurar su venganza, pero Clemente el inclemente ya había huido. Al no poder encontrarlo fue que leyó Mulata de tal, habló con Jorge Gonzáles y decidió ir a Samayac, para devolverle la puñalada.

Mientras más se acercaba al pueblo, la oscuridad se hacía espesa, al extremo de oprimirlo, el aire era arenoso y raspaba los pulmones, los luceros se sumergían en la negrura del cielo y la soledad cobraba dimensiones inenarrables, pero no se inmutó; era lo menos que podía esperarse de un pueblo de brujos. Al ingresar a Samayac, notó que el pueblo coincidía en sus características con las descripciones que en Mulata de tal se hacían de Tierrapaulita; acaso serán el

mismo pueblo- se preguntó- pero él no iba como aprendiz de brujo, sino a buscar una venganza por medio de la brujería.

Acudió con el brujo más afamado del lugar y le narró la historia que lo había llevado a sus dominios; el brujo dijo que por medio de una réplica de Clemente el inclemente a escala diminuta, podría vengarse, pero que necesitaba uno de los cabellos de su agresor para ponerlo en la réplica y causar el daño. Tomás perdió la calma, no podía ser, no sabía dónde estaba Clemente y el único sitio donde podía encontrar uno, era en el campo en que pelearon, pero ir hasta allí, representaría cometer el pecado en otro día que no fuera Viernes Santo y, por consiguiente, que Dios estaría vivo para castigarlo; pero el brujo le dijo que no temiera, que bastaba transportarlo con su magia al lugar del duelo para que buscara lo que debía. Así lo hizo, cuando Tomás se percató, estaba en el sitio donde amenazó de muerte a su enemigo, ganando el derecho de pretender a Karen, mujer hermosa con olas en la cabellera. Empezó con la búsqueda, pero parecía imposible encontrar un cabello entre tanta tierra, era como buscar un cometa entre las estrellas, además, quién podría decir si en verdad Clemente el inclemente había dejado uno ahí. Dos horas, como al borde de un agujero negro, pasó buscándolo y por fin pudo encontrarlo.

Al tomar el cabello entre sus manos, sintió como si tomara el puñal con que abriría el cuerpo de Clemente, sintió correr por sus dedos la sangre que derramaría, vio su mano roja, como el horizonte cuando el crepúsculo se derrama.

El brujo lo llevó de vuelta a Samayac, él regresó ansioso, sentíase triunfante en el momento de entregar el hilo nocturno. Vio con avidez casi delirante cuando las manos del hechicero confeccionaron el muñeco vudú. Le explicó que lo que deseaba era incrustarle un alfiler profundamente en la espalda, a manera de que un dolor como el que él había sentido, tras la espeluznante puñalada, aconteciera en su enemigo, pero, le dejó muy claro, el dolor y la herida debían ser mortales.

A las dos de la tarde, el día Viernes Santo, Clemente el inclemente caminaba plácido por calles polvorientas, sonreía sin imaginar que a varios kilómetros de él un brujo tomaba entre sus manos un alfiler para causarle la muerte. Mientras el hechicero alzaba el vudú, como un relámpago, se pergeñó una sonrisa en la boca de Tomás; el brillo de sus dientes era análogo al del alfiler. Clemente el inclemente caminaba muy lejos de ahí; Tomás sentía cada vez más próxima su venganza mientras el brujo ensartaba, con ímpetu, el alfiler en el vudú. En ese instante Karen, mujer hermosa con olas en su cabellera, empezó a sentir a su alrededor el inicio de la soledad; Clemente siguió caminando incólume por las calles polvorientas y Tomás se derrumbó junto a los pies del brujo, tras un dolor terrible que cayó como aguacero en su espalda. Quedó inerte y sin el perdón de Dios.

CONVERSACIÓN EN EL BOSQUE

Los árboles sin hojas parecen relámpagos, por eso los bosques simulan una tormenta eléctrica cuando llega el otoño... sobre los charcos secos y amarillos caminaba Alberto, cabizbajo, cogitabundo y deshecho. Creyó que adentrándose

en el bosque la pena menguaría, ya fuera por el contacto con los animales, por el color sepia que ahí reinaba o por el concierto de rayos ramificados.

Una milla adentro, bajo la copa calva de los árboles, se encontró con un anciano dando gritos lastimeros. Al verlo se sintió consolado, no porque el suplicio de alguien más lo aliviara, sino porque lo aliviaría el hecho de tener a quién contarle sus penas. Se aproximó al viejo y le preguntó su nombre. *Me llamó Isaac* fue la respuesta. Después de cuestionar y responder las cosas que creían necesarias, Alberto solicitó licencia para contarle la historia que lo tenía apesadumbrado y el anciano se la dio:

—Yo conozco una mujer; tan hermosa que la envidiaría la misma Helena; tan bella que desde el día en que la vi se adueñó de mis suspiros. Empecé a pretenderla, y como es de esperarse cuando alguien de belleza esquivo como yo pretende a alguien de hermosura reluciente como ella, fui despreciado. No fue tanto mi dolor tras su desdén, como lo fue al enterarme de que había aceptado en sus brazos a alguien más... en cuanto lo supe, quise conocer al hombre que cumpliría todos mis sueños, y al conocerlo ¡ay desventura la mía!, la sospecha fue confirmada: no valieron mis cartas, mis poemas, mis llamas de fuego frío en racimos ni el tiempo dedicado para conquistarla, porque ella se había deslumbrado ante un físico perfecto. Al ver aquello caí en una noche negra y húmeda. Fue tiempo de maldecir mi fealdad, de reprocharle a la creación mi rostro sin gracia y de la tentativa de cambiar mi espíritu de caballero por un físico capaz de enamorar a Eva. ¡Eso! ¡Eso! Me dije al caminar por aquellos pensamientos lo que debo hacer es olvidar la virtud y conquistarla de cualquier

forma. *Entonces empezó a formularse en mi cabeza el plan que sólo podría concebir un desquiciado...*

Alberto en pleno llanto. Los animales a su alrededor deseando que Isaac fuera otro Noé para salvarse de ese diluvio salobre... Al escampar sus lágrimas, se quedó silente, luego rasgó el mutismo con sollozos embarrancados y se dejó llevar por los versos de un poeta desconocido:

Una mujer

está de huésped

en mi cabeza,

quiero sacarla

sin que ella sepa

que estuvo aquí.

Fijó su mirada en el anciano esperando que le solicitara el desenlace de la historia, pero Isaac estaba siendo apuñalado por el dolor y, en lugar de hacer la solicitud, recitó los versos de otro poeta anónimo, dedicados a la vejez:

Creo que sí me estoy poniendo viejo,

a la mujer no miro con lujuria

ni se llena mi espíritu de furia

si me insultan frunciendo el entrecejo.

Nunca Isaac solicitó la continuación de la historia, Alberto tampoco escuchó los versos recitados por él. Minutos después retomó el relato de esta manera:

-En mi cabeza se gestó el plan de cambiar mi rasgos, de ponerme el mismo rostro de Rubén, el novio de Eva, y a esto sumarle mi forma de ser. Yo creí que con esa combinación se enamoraría de mí... después me enfrenté al verdadero problema: ¿cómo realizar mi plan? ¿De qué manera metamorfosear mi rostro? Luego de analizar varias opciones, llegué a la conclusión que lo mejor era marcharme al extranjero (no sin antes robarme algunos retratos de Rubén) para someterme a una cirugía plástica... así lo decidí, y por llevar a cabo mi plan, hice la primera idiotez de mi vida: asalté un banco para conseguir dinero. Al tenerlo me marché. Permanecí lejos hasta estar en condiciones de regresar. Cuando lo hice, fue con la certeza de que todo saldría a la perfección, porque no me importaba hacer de todo para lograr mi cometido. Volví con esa seguridad y con el rostro de Rubén, ¿qué podía faltarme? Tenía los rasgos del hombre que la embelesaba, y mis palabras (que muchas veces ella calificó de poesía). En efecto, no me faltaba nada, pero sí había algo que me sobraba, y ese algo era Rubén. No podía salir a las calles andando él en ellas. O la gente se volvería loca pensando que vio a una persona en dos lugares distintos al mismo tiempo, o descubrirían mi plan. Fue entonces que hice uno de los actos más tremebundos de mi vida. El sol había caído y tras seguirle los pasos, me paré frente a él en un callejón oscuro, sin decirle nada; el corazón parecía el brazo mutilado de la noche. Al verme quedó estupefacto. No sabía qué pensar, si estaba apareciendo frente a sus ojos un hermano gemelo del cual nunca había tenido noticia, si acaso lo visitaban del

futuro, o tal vez, sin darse cuenta, estaba viéndose en un espejo en que las reverberaciones tenían juicio propio. Después de estar callado, me preguntó quién era; no quise contestarle, no tenía caso decirle nada. Recuerdo a penas que sonreí, saqué el puñal y me abalancé contra su cuerpo. El puñal viajó sin inconvenientes a través de su abdomen y formó una cascada de rosas derretidas. Me vio con ojos de búho. Yo no sé qué pensaría, probablemente que estaba suicidándose de una manera inusitada. Cayó frente a mí y esfumé su cadáver. En ese momento no alcancé a sondear lo abominable de mi crimen; creía que el amor lo dignificaba. Tras el homicidio vi la brecha libre para llegar frente a Eva y disfrutar de su amor.

Pasaron algunos días hasta que el valor se acomodó en mi pecho, cuando lo hizo, pensé en las mejores palabras, en los mejores ademanes y los gestos adecuados para estar frente a ella y por fin llevar mis rosados bajeles a su rojo puerto. Cuando la penumbra de la noche se rajó en el cielo y empezó a salir por sus hendijas la luz del día, me arreglé y fui a su casa. Llamé a la puerta. Bajo el umbral salía la luz de la habitación, y al ser interrumpida por sus pasos, parecía parpadear. Al verla sonreí, quise fundir mis brazos en su cintura, como había soñado. Después de tanto tiempo y de tantos delitos, al fin cumpliría mi quimera más cara: darle un beso. Cuando intenté abrazarla, descargó un empujón en mi pecho y enfadada me preguntó: ¿Qué haces aquí? Yo dije que iba a verla, a rebosar mis ojos con su hermosura. Estás loco me contestó el miércoles (día que asesiné a Rubén) creo que fui clara contigo a la hora de decirte que me habías aburrido y ya no quería nada a tu lado, que nunca volveríamos, porque me tiene

harta tu forma de ser; deberías comportarte como Alberto y dejar de ser petulante. *Cuando vi que era en mí aquel dicho de tanto navegar para morir en la playa, sentí fenecer y, desesperado, le confesé que yo era Alberto, ese a quien acababa de poner como ejemplo de caballeridad, que yo era quien podía hacerla feliz, pero riendo, sólo dijo que le producían náuseas las patrañas que era capaz de decir con tal de regresar con ella. Tras pronunciar eso tiró la puerta en mi rostro. No sabía qué hacer, había dejado todo por ese plan, había aceptado en mi cara el rostro del enemigo con tal de poseerla, y todo fue inútil. La mujer que yo amaba había despreciado mi forma de ser y ahora desdeñaba mi físico, dejándome en claro que las personas que no nacen para juntarse, no se juntan. Cuando recordé todo lo que había hecho, aquellas atrocidades que el amor me hizo ver justas, supe que en verdad merecía el averno. En ese momento parafraseé al poeta y dije hay males que sólo se curan viendo el bosque así que me adentré aquí para llorar a Eva, como don Quijote a Dulcinea del Toboso.*

Isaac no escuchó la historia. Pensando en su vejez fumaba el último de sus cigarros. Dejó de respirar, cayó con una luciérnaga en la mano que al instante se reprodujo engendrando millones de luminarias a su alrededor. Entre la coreografía de estrellas Alberto e Isaac se volvieron soles, y luego, lágrimas de la noche.

VIDA ETERNA

Parado frente a la Muerte, furibundo, estaba Lázaro Muñoz, un anciano que durante toda su vida, había temido la llegada de este momento; el momento de

estar frente a frente con la inexistencia. Siempre aseguró que más allá de la muerte no hay continuidad, sin embargo, estaba seguro de que podía detener el tiempo, y que era ésa la única manera de vivir eternamente. -El tiempo es un error del universo- decía -y si no logro detenerlo, podría invertirlo para alejarme de la vejez, y, por lo tanto, de la muerte.

Tenía poca vida para detener o invertir el tiempo. Pasó noches desesperantes en busca de un método eficaz. Antes había escrito una novela, varios cuentos y muchos poemas porque para ese entonces creía firmemente en que leer y escribir eran la única forma de vencer a la muerte, no obstante, ahora, renovaba sus esperanzas. Al fin concibió la idea. En el tiempo en que vivía, se habían popularizado los viajes a la luna, y él se había hecho la idea de que el tiempo corría en el sentido en que la tierra rotaba, y que, si pudiera detener su rotación, nunca moriría, y en el caso de invertirla solamente, se salvaría por ahora.

Sacó los ahorros que vanamente había juntado a lo largo de la vida, porque no tenía descendientes y había vivido siempre desafiando a Eros. Con ese dinero compró un boleto para viajar a la luna, donde el atractivo mayor era observar la tierra, en su gloria total, sin embargo, Lázaro había confirmado el paso de un cometa cerca de la luna por aquellos días, y era por ello que viajaba al satélite.

Antes de emprender el viaje dejó atada en la tierra la cuerda de su esperanza, y luego, se marchó.

Cuando estuvo en aquel lugar besado por los asteroides, el planeta tierra lucía hermoso, brillante; si hubiera una analogía, se diría que el universo es el mar,

nuestro sistema planetario la ostra y la tierra una perla, pero no fue en eso en lo que el anciano colocó su atención, sino en el cometa que pasaba tras la espalda de los turistas. Con la cuerda de su esperanza en la mano lanzóla hacia el cometa, como el jinete hacia el caballo, y así logró que el astro viajero, al seguir su camino y halar la cuerda, invirtiera la rotación de la tierra. Al ver que su cometido había sido consumado dijo, mientras sonreía: "he ganado algunos años para conseguir la fórmula de un tiempo estático". Volvió a la tierra, y lo primero que notó fue que amanecía en el poniente y anocheecía en el saliente, después se percató que al cabo de un año iban sus arrugas haciéndose menos notorias, y que los acontecimientos que alguna vez vivió, volvería a vivirlos como si estuviera en un mundo de recuerdos. Fue así como recibió de nuevo el Premio Nacional de Literatura que le fue otorgado a los setenta y cinco años, y volvió a llorar a los setenta la muerte de su hermano, y a los cincuenta la de sus padres. Del mismo modo vio cómo se desdibujaban en la libreta sus escritos, y cómo se desvanecían en su cuerpo las cicatrices. Sufrió de nuevo el accidente en que casi muere, y gozó de nuevo la única noche de pasión que tuvo en su vida. Entre el placer y el dolor pasó aproximadamente sesenta años y no se detuvo nunca a pensar cómo detener el tiempo; fue en esa edad cuando se percató que era inevitable vivir otra vez sus días de estudiante, los retozos de su niñez, y volver a ser un recién nacido, regresar al vientre de su madre, y luego, a la inexistencia. De todas formas, moriría porque la muerte es igual al momento en que no hemos sido engendrados. Fue al experimentar otra vez el miedo a la inexistencia que retomó su plan para detener el tiempo.

Después de pasar noches enteras bajo el cielo erizado de estrellas, concibió en su mente prodigiosa la fórmula para detener la rotación de la tierra definitivamente, y a su vez, el tiempo. Nunca se supo cómo lo hizo, porque siempre se negó a revelarlo, pero detuvo el tiempo. Para su ventura fue cuando tenía diecinueve años. "Ahora soy inmortal" se dijo, y la razón estaba con él.

Lo que durarían diez años transcurrían, y él se regocijaba al notar que ya no envejecía, tampoco el paisaje a su alrededor que contaba con los mismos ríos que atrapaban al sol y a la luna en su espalda, y los mismos árboles que ahora, como ya no había otoño, no derramaban lágrimas amarillas. Lo que no había en su derredor eran amigos, pero no le extrañaba porque jamás los hubo, pero los que eran sus conocidos seguían exactamente igual. Al principio todos creyeron que la única secuela de lo que Lázaro hizo era que una parte del mundo había sido condenada a la eterna claridad, y la otra, a la oscuridad perpetua, pero aceptaron el castigo porque mejor que eso, era ser inmortal, más no fue esa únicamente la secuela, Natura se encargó de esterilizarlos para que no se reprodujeran, y el mundo no se sobre poblara. Al percatarse del nuevo castigo, lo aceptaron, porque preferían eso que la muerte.

Habían vivido lo que durarían mil años cuando los amantes de la lectura ya habían leído todos los libros, los poetas escrito todos los poemas que faltaban en el florilegio universal, los viajeros ya habían conocido cada rincón del mundo, los tenorios amado a todas las mujeres que alguna vez desearon, y así sucesivamente. Toda la humanidad había satisfecho completamente sus deseos, y cuando habían vivido lo que durarían dos mil años, ya todos habían hecho lo

asequible, aunque no formara parte de sus deseos, de cuenta que los poetas habían amado a todas las mujeres y los mujeriegos leído todos los libros...

La vida, entonces, se volvió insoportable. No tenían ganas de platicar porque estaban agotados todos los temas, y tampoco de guardar silencio porque las meditaciones también estaban agotadas; hasta dormir les parecía odioso porque ya habían soñado todos los sueños.

Lázaro empezaba a creer que la vida, aunque no fuera eterna, sino simplemente duradera, era tediosa, insoportable y que no valía la pena como él aseguró tantas veces, aun así, creía firmemente en que morir era peor, porque la muerte al ser una eternidad privada hasta del tedio, sería menos grata.

Los que soñaron, en el umbral de su vida, tener hijos y verlos triunfar en la vida, vivían frustrados. Muchos sabiendo que eran inmortales porque no había tiempo que causara deterioro en su cuerpo, decidieron suicidarse. Uno por uno, como lágrimas de árbol otoñal, fueron cayendo los habitantes. Los cobardes que no se enfrentaban al suicidio, intentaron asesinar a Lázaro Muñoz, pero por una u otra razón, nunca lo consiguieron.

Suicidios y asesinatos acababan poco a poco con la Humanidad, y también con la Flora y Fauna, porque hasta los árboles arrancaba sus raíces y corrían al cráter de los volcanes para morir incinerados.

Cuando habían vivido lo que durarían dos mil quinientos años, la tierra era acariciada únicamente por los pies cansados de Lázaro que se resistía a morir, y así vivió lo que durarían cien años.

La tierra quedó sin mares, por lo que él pudo darle la vuelta al mundo varias veces. No podía diferenciar la realidad, el sueño y el recuerdo. Perdió la cordura casi por completo, y luego de tanto y tanto sufrimiento, de tanta soledad, decidió romper la cuerda de su esperanza para dejar que la tierra y el tiempo continuaran con su paso normal. En vano lo hizo porque el sueño de inmortalidad de un hombre había acabado con la vida de un planeta. Murió un año después de que los hemisferios volvieran a gozar alternadamente del día y de la noche...

Pseudónimo: Edipo